

«Caín» á su primogénito, cuyo padre la tradicion adoptada por los paladistas, pretende que no lo fué Adan. Trájome asimismo á la memoria todos los recuerdos de los dogmas luciferianos, particularmente los que se refieren al Edén. Miétras tanto yo, embebida en lo que me decía, miraba con creciente interés cuanto me enseñaba. Cada paso que daba yo, era para mí un nuevo arrobamiento.

Nada sufre, me iba diciendo él, los ataques de la vejez con el transcurso de los años en este lugar privilegiado de la Tierra. Aquí se desarrollan siempre los árboles hasta no hallarse en toda su fuerza la madurez de su fruto, pero permaneciendo en ese estado estacionario; cada año, léjos de desnudarse el tronco y las ramas y de que los carcoma el tiempo, rejuvenécelos su poderosa sávia, y lo mismo acontecería con los animales, si se quedaran en el Edén; pero careciendo de inteligencia, muchos de ellos salvan los límites del jardin de delicias, y desde ese momento pasan á las condiciones desgraciadas de todas las demás criaturas.

Conforme siempre al sistema luciferiano, el odio á la humanidad fué el que hizo que hubiera situado Adonai esas líneas de maleakhs que rodeaban al Paraíso Terrestre; líneas que, invisibles para el hombre, aléjanle con sólo su malhechora influencia, repélenle de una manera que él no puede resistir, si por acaso alguno se aventura hasta estos parajes, sin que pueda sospechar la existencia aquí del bendito Edén. A los ojos del humano, por efecto de una vision engañadora que producen los

maleakhs, parece que en este punto la naturaleza es estéril, devastada, melancólica, desierta; es decir, todo lo contrario de lo que en realidad es.

Cuando ocurrió el diluvio, quedó preservado el Edén de la inundacion general por un milagro de Lucifer; las aguas que á torrentes envió Adonai sobre la Tierra para inundarlo todo, no llegaron á este lugar, y en tanto que por doquiera iban las olas diluvianas causando estragos, deteníanse á la orilla como si se fuera elevando un dique imposible de romper, á medida que iban aumentando las olas.

Tal fué lo que me hizo recordar Asmodeo, y, verdaderamente feliz era yo de haber tenido el privilegio de penetrar en una mansion tan maravillosa.

Absorta le escuchaba, á tiempo que hubo de cumplirse la segunda promesa del Dios Bueno. Vino, pues, una magnífica águila de tamaño muy superior á las de mayor tamaño que conocemos y de una blancura comparable con la de la nieve, y se humilló delante de mí echándose con gracia y poniéndose en actitud que parecía brindarme con el lomo para que me sentara en él. Era la blanca águila de Paymon, la demonio más poderosa despues de Astarteo.

Entónces me sentí vuelta á mi ser corporal.

—Cumplida está la mision que para este dia recibí, me dijo Asmodeo. Ahora os confío, querida Diana, con el águila blanca que os debe transportar á Oolis.

Inmediatamente subí sobre mi montura aérea rodeándole con mi brazo el hermoso cuello. Entonces se elevó por el espacio con prodigiosa rapidez la sagrada ave de Paymon, que, sin batir las alas sino llevándolas extendidas, tomó en su vuelo una línea ascensional oblicua, hasta que por momentos ya no apareció la tierra más que como un punto que apenas si distinguía yo allá abajo.

Mas no he de referir aquí aquel mi viaje á Oolis, planeta de un mundo solar ignorado por los profanos, en donde reina y es adorado Adonai élsólo, al decir de la leyenda paládica sacada del *Libro Apadno*. Allí volví otra vez en brazos de Lucifer mismo, y ésta es la excursion que sí voy á narrar con todos los pormenores que tenga por necesarios.

Mi vuelta es lo que por ahora me importa describir.

La misma águila blanca de Paymon me transportó. Al ir acercándonos á la Tierra, detúvose unos momentos en una region montañosa; despues, con un arrojio inverosímil y haciendo un descenso que apenas duraría breves segundos, fué como á enclavarse en el cráter de un volcan en plena erupción.

Salía de allí la lava á hirvientes borbotones, y se veían también salir y volar con violencia piedras incandescentes del seno de aquel boqueron de fuego; crujían y se abrían las rocas, y veía yo surcar los relámpagos la inmensidad interior,

que yo tambien surcaba; pero ni á mi montura ni mí nos alcanzaba nada.

Miéntras tanto, volaba el águila en medio de torbellinos de llamas que no ofendían, y yo me sentía tranquila, serena, sin malestar de ningun género. Por último, llegamos á un paraje que al punto reconocí: lugar cerrado por unos muros que sudaban fuego, sala de figura triangular con la estatua del Baphomet en el ángulo del fondo, á donde penetró el águila blanca por un agujero abierto en el piso. Era aquello, ni más ni ménos el Sanctum Regnum de Charleston.

Allí estaban el soberano Pontífice de Lucifer y los diez jubilados recitando preces frente al Palladium.

Pronto quedó el pavimento sin la menor huella del agujero por donde había yo salido y vuelto á entrar. El águila de Paymon desapareció, y yo me ví, lo mismo que al principiar mi meditacion, en el propio asiento que Pike me designó.

Al día siguiente le pregunté á uno de los asistentes qué tiempo había durado mi ausencia,— y me contestó: "Una hora". —¡Una hora! En sólo una hora, mi partida con Lucifer, mi llegada á la desconocida region terrestre, la batalla contra los maleakhs capitaneados por Zacariel, la visita al Edén, el viaje á Oolis y por último mi vuelta á Charleston por el volcan y el centro de la tierra! Fantástico había sido todo aquello.

El resultado fué que el Gran Alberto hubiese firmado los decretos de 8 de Abril de 1889, uno

de los cuales mandaba cesar el conflicto ocurrido entre los T.T.: *San Jacobo y los Once Sietes*, y el otro ratificaba mi nombramiento de honoraria hecho en Louisville é imponía mi proclamacion oficial de Maestra Templaria hecha en mi primer viaje á Paris.

Ahora bien; nadie más que Lucifer me había dispensado de la profanacion de las hostias, concediéndome la razon aquel hipócrita.

Absolutamente me ocuparé en buscar el fin con que el supremo impostor obró conmigo de aquella guisa: diré sí, tan sólo, que es inmenso hoy mi consuelo al no experimentar ningun remordimiento de los execrables sacrilegios que se cometen en los Triángulos.

Es preciso, empero, analizar los diabólicos prestigios que acabo de referir.

Expondré con toda lealtad qué es lo que opino acerca de este particular. Opino que *todo aquello no fué más que pura burla*. Largo tiempo estuve creyendo en la realidad de las maravillas conmi- go obradas el memorable 8 de Abril de 1889, maravillas que tenía por otros tantos milagros que en mi favor obrara el Dios Bueno para mejor significarme su predileccion. Pero desde que sé que Lucifer no es más que el caído Satán, desde que estoy creyendo en el único Dios, en el único Altísimo, en el único de verdad Omnipotente, convencida estoy de que los falsos milagros del Maldito son puros prestigios, pura ilusion, y nada

más. Por consiguiente, fui burlada de la propia manera que lo son todos los paladistas.

El primer engaño de Satanás consistió en haberseme aparecido en un estado esplendoroso que absolutamente era el que le correspondía. Si son horrosos, como efectivamente lo son, los demonios, claro está que cuando no así se exhiben sólo como ángeles de luz, cometen una superchería, y es en ellos el colmo de la más cínica audacia. Y pronto vamos á ver que al expresarme de esta suerte, ni me voy de ligera, ni repito nada más una leccion que hubiera yo aprendido allá en el claustro; no. Estoy cierta de que en realidad se me apareció Lucifer, como lo estoy de que á tantos y tantos se les aparece, principalmente en Charleston. Pero como se me educó en el error, quiso él perpetuarle, y para corresponder á mi deseo y no desmerecer á mis ojos, fué para lo que se revistió de un brillo que había usurpado y de una hermosura que no podía ser sino falaz. Vile, pues, pero muy distinto de como en realidad es él.

De entónces acá no he vuelto á verle. He sido víctima, sí, de ilusiones ejecutadas con sobrenatural destreza. He creído bajar al seno de las llamas, atravesar el espacio en compañía de Lucifer, detenerme en una region de lo más bella; he creído estar combatiendo á los maleakhs y vencerlos al lado de Asmodeo y á la cabeza de catorce legiones de espíritus de fuego; he creído que entraba al Paraíso Terrestre, que le recorría y

005441

volvía á escuchar las explicaciones de algun celeste guía; he creído que me transportaba á Oolís en una águila blanca, creacion luciferiana; que volvía á la Tierra atravesando por su seno y siguiendo un camino digno de un cuento de hadas; que cruzaba sin hacerme daño por entre las llamas de un volcan y el fuego céntrico: sí, todo esto lo he creído, como cree el iluso lo que sin embargo de no existir, está viendo.

Todo fué, pues, mentira, fué burla; porque absolutamente está al alcance de Satán ni de sus demonios reconstruir el Edén, transformar en monstruos horribles á los ángeles de Dios y ocasionarles una derrota combatiendo con ellos cuerpo á cuerpo. Esos tres sucesos constituyen la prueba de la falsedad de todo. Si disfrazado de ángel se hubiese limitado el demonio á transportarme por los aires llevándome á distancias extraordinariamente lejanas y con la rapidez del rayo, quizás no hubiese habido ilusion, por no exceder esto á los límites de su poder, pero los tres puntos sobre los que insisto son otras tres patentes imposibilidades, que hace ver la fé cristiana.

Así, pues, todo fué ilusion, ilusion, no más que ilusion.

El iluso imagínase ver cosas tan extraordinarias como las que acabo de referir, y por su estado morbooso, por el desarreglo de su organismo, hay de ese modo absoluta perturbacion y extraordinario error en el órgano de la vista. Ahora bien, lo mismo que pasa con el iluso, que es un individuo

desarreglado, puede hacer Satán que pase con una persona de juicio completamente sano; esto es, no loca en manera alguna y en quien los órganos funcionan con regularidad. La ilusion es un accidente excepcional que dura todo el tiempo que Dios le permite al Maldito que le haga durar, y una vez cesando, vuelve á su estado normal la víctima de Satanás. Así, la alucinacion accidental de un individuo que nada tenga de lo que distingue al alucinado de que trata la ciencia médica, es un fenómeno que con toda propiedad pertenece al dominio de lo sobrenatural diabólico.

Cosa cierta es, á mi entender, que el día 8 de Abril de 1889 fuí en Charleston, no una ilusa, como lo entiende el médico, sino una posea de Lucifer en el más alto grado; de Lucifer, que despues de mentirme con su refinada hipocresía, me forjó las ilusiones más hábiles y más capaces de robustecer considerablemente el error en que yo vivía, sin que la educacion por mí recibida me hubiese permitido ni siquiera sospechar que estaba siendo el juguete del príncipe de los falsos milagros, del rey de los prestigios.

Todos los que al llegar á Charleston tienen entrada á los misterios del Sanctum Regnum—no me refiero á los visitantes de alto grado á quienes se muestran como objeto de curiosidad las diversas pertenencias de aquel edificio, sino á los Magos Electos y á las Maestras Templarias á quienes llama el pretendido Dios Bueno á ese lugar,—todos ellos viven engañados, como yo viví un tiem-

po. A la manera que hay templos católicos privilegiados por la frecuencia de los milagros que se efectúan en ellos, así el Sanctum Regnum de Charleston goza del privilegio infernal más alto y todo el año se suceden y multiplican los prestigios allí donde el fanático paladista está en comunicacion directa con la persona misma de Satanás. Con una ferviente oracion que se haga, sucede al punto una aparicion en la cual los demonios se apoderan de uno, le arrebatan, le hartan de aventuras á cual más maravillosas, ó por lo ménos sale uno de aquel lugar ultramaleficiado creyendo á pié juntillas en todo lo que se ha visto como ilusion. Cuando se ha mamado el error con la leche; cuando desde la cuna se tiene la creencia en una doble divinidad, en dos principios eternos y contrarios que sin cesar están luchando, el individuo permanece firme en ese error, salvo un milagro de la gracia. No hay raciocinio que le convenza, que le haga vacilar, pues todos van á estrellarse contra esa roca, á saber: la vista de Lucifer, vista que se ha gozado en magnífico esplendor; el contar con demonios protectores que colman de bondad al individuo y parecen trastornar en favor de éste las leyes de la naturaleza, y el haber presenciado, en fin, como testigo ocular, las victoriosas luchas de los espíritus del fuego contra los maleakhs.

¿Quién podría sospechar que demonios de un mismo orden son los que se ostentan, unos hermosos y otros horrorosos, combatiendo entre sí por puro saínete para dar una prueba de la inde-

fectible derrota de estos últimos? . . . En el seno de los Triángulos son muy frecuentes estos combates entre espíritus, combates que dejan impresionados indeleblemente á quienes los presencian: que no cualquiera los puede presenciar.

Por mi parte, tuve todas las ilusiones, tanto posibles como imposibles, pues pocos ha de haber, segun creo, á quienes haya prodigado sus maravillas Satanás tanto como á mí me las prodigó, unas por verdadero engaño de la vista, y otras verdaderas hasta cierto punto. Entre éstas últimas, y como debidamente comprobadas, tengo los éxtasis que padecía yo con ascension las más de las veces horizontal, el andar por sobre el agua, y otras semejantes. Era el empeño del Maldito por retenerme en su poder tal, que un día hasta me arrebató á su reino del fuego eterno; pero sin duda que tambien esto fué pura ilusion, puesto que no era el pretendido reino el infierno de condenacion tal como lo describe la Iglesia.

¡Ah! ¡Bendita sea mil veces Juana de Arco que me arrancó la venda que me cubría los ojos! . . . Ya en otra ocasion dije cómo la ví una vez, una sola, sin haberme preparado en manera alguna. Y ved ahí la brillante diferencia que hay entre los milagros de Dios y los prodigios del demonio. Siempre Satanás necesita de tales ó cuales condiciones para poder obrar.

Invocado su nombre en medio de una terrible angustia, ese nombre santo fué el que obligó á

descubrir su verdadera luz á cuatro demonios que se me aparecieron, habiendo sido ella consiguientemente la que sin hacerse visible, despojólos de su atrevido disfraz de luz. Esa fué la manera como empecé á comprender que Lucifer no es más que Satanás.

Era el 6 de Junio del presente año, no há ni dos meses todavía [1].

Leía yo en mi retiro el número 3 del «Palladium», que acababa yo de escribir, y fresco aún acababa yo también de recibir.

Después de leer dos veces el artículo en que para responder cortesmente como adversaria á un sacerdote profesor que me había escrito una conmovedora carta, prometía yo no volver á dar al nombre de la Madre de Jesucristo un calificativo que pudiera lastimar á los católicos, y me puse á contemplar la estatua de Juana de Arco, que tenía yo en mi aposento.

—Buena Juana, dije: este sacerdote me pide que ceda yo á una costumbre antigua, y eso me lo ha pedido por vuestro nombre virginal. Yo le hago esta concesion, para demostrar hasta dónde llega la tolerancia paladista. Pero quiero ir todavía más allá. Vos amábais á María con todo el corazón, ¡oh Juana! durante esa gloriosa y breve existencia que tanto admiro, aunque sin participar de vuestras creencias. Pues bien, en vuestras manos, dulce y sublime herofina, en vuestras manos quie-

[1] Escribe esto Miss Diana Vaughan en Agosto de 1895.—N. T.

ro depositar mi juramento de que para siempre habré de respetar el nombre de María la Madre de Jesucristo.

Por la primera vez en mi vida me hiqué con ambas rodillas delante de aquella estatua, sintiendo una emocion que hasta entónces no había sentido, y necesitando llorar, pero sin saber por qué. Turbado, agitado estaba mi corazón, y eso no obstante, firme yo en la resolucion que había tomado.

—¡Oh Juana de Arco! exclamé en voz alta. Os juro por la veneracion que os profeso, que jamás diré nada que falte al respeto debido á María la Madre de Cristo, á quien tanto amásteis vos.

No bien hube acabado de hablar así, empujéme por la espalda con inaudita violencia una fuerza exterior que me hizo dar con la cabeza en el entarimado, y al estar haciendo por levantarme ví delante de mí, repentinamente aparecidos, á Baal Zebub, á Astaroth, á Moloch y á Asmodeo á quienes perfectamente conocí en el acto. Aparecíronseme en la forma en que ordinariamente se aparecen á los adeptos del Paladismo, ó sea como ángeles que irradiaban luz, como siempre los había yo visto, ya en los Triángulos, ya en mi habitacion; pero en esta vez, con semblante irritado, con una expresion de cólera que se retrataba en él hasta el paroxismo.

Acostumbrada á verlos siempre con aire de bondad, sin el terrible aspecto con que los había visto en los combates contra los maleakhs, no pu-

de ménos que preguntarme á mí misma qué significaba semejante cambio, qué significaba aquello tan completamente nuevo para mí. Los cuatro espíritus me amenazaban, llenos de rabia, cual si hubiese yo sido un ángel de Adonai; es decir como lo hacían en sus comedias de guerra á los sedicentes maleakhs; pero ahora me explico que su furor contra mí no era fingido.

Después de mirarme de aquella guisa, abalanzáronse contra mí. . . . ¿Qué iban á hacer? ¿A golpearme? ¿A matarme? No lo sé. Pero como quiera que fuese, es lo cierto que al punto me asaltó el temor de un peligro grave, y exclamé:

—¡Juana, Juana, defiéndeme!

En ese momento lanzaron los cuatro juntos un espantoso grito. . . . Leones que se hubieran sentido heridos, no habrían rasgado el aire con rugidos iguales á los que escuché. En ese momento mismo, cambiaron la faz y la figura de los cuatro espíritus infernales, como cambió también la expresión de su fisonomía, tornándose todos ellos en seres como los maleakhs, como aquellos maleakhs á quienes constantemente había yo tomado por los ángeles del Dios de los cristianos. Cada uno de ellos conservaba su mismo rostro, pero los cuatro estaban espantosamente monstruosos, con cuernos y rabo que les aparecieron. Eran ya entonces, para decirlo de una vez, verdaderos diablos, que por su figura demostraban estar aterrizados, aunque poseídos de rabia á la cual se juntaba la desesperación, que era el sentimiento que predominaba en ellos.

Breves segundos había durado tan espantosa escena, y no bien ví que los cuatro espíritus eran verdaderos diablos, desaparecieron y se hundieron lanzando aullidos de maldición. Entonces imaginéme haber oído en ellos los de los condenados.

Tal fué el suceso inesperado cuyo recuerdo me hace todavía temblar; tal fué el acontecimiento extraordinario que descubrió para mi entendimiento horizontes completamente nuevos. Aquello tenía lugar mientras el comité Federal de Londres deliberaba respecto del número 3 del *Palladium*.

Cuando, pues, llegó á mis manos la bóveda de desaprobación con que se pretendía intimidarme, sentía ánimo para escribir la respuesta que conocía ya el lector. Desde aquel 6 de Junio tuve una voz secreta que me decía haber sido yo engañada desde mi infancia, y leía y volvía á leer las líneas que el canónigo M. Mustel me dedicó un año há en el artículo donde me puso en paralelo con la Sofía de los paladistas. Pensaba yo en todas las rogativas que por mí se hacían al cielo. Poco á poco se iba desenvolviendo en mi espíritu la verdad; poco á poco iba yo viendo cada vez con más claridad que Lucifer no es más que Satán, y como no había de ser posible que existieran dos Dioses Malos, sentíame atraída por una fuerza irresistible hácia el único verdadero Dios, hácia el Dios de los cristianos, Dios único é infinitamente bueno.

Recordaba, finalmente, que al darme aviso de

una obra que se disponía á publicar cierto escritor católico me escribió en 1894 diciéndome que hablaba de mí en ella y que las páginas de su libro concluían con la oración de Polyucto el cristiano en favor de Paulina la pagana:

Señor, es necesario que lo obtenga yo de vuestra bondad.

Comprendiendo la alusión que á mí se hacía en estas palabras, contestéle entónces que no me ofendía su oración, y que ántes bien por mi parte yo también quedaba pidiéndole á mi Dios por él; pero añadía que no había para qué ver en mí á una Paulina: afirmacion que renové cuando aquel católico publicó por fin su obra. «Señor, le escribí, y hasta le autoricé para publicar mi carta; al leer la reminiscencia que hace vd. de Polyucto, dirán los que me conocen que nunca habré de llegar á ser Paulina, y diciéndolo no se engañarán.»

Paulina, como es bien sabido, se convirtió al fin y no sólo sino que la Iglesia la colocó en los altares. Y la fiesta de Paulina se celebra el día 6 de Junio!

Refiriéndome á aquella manifestacion de Luci-

fer del 8 de Abril de 1889, manifestacion que para mí fué la primera que recibí del pretendido Dios Bueno, tengo el deber de responder á una objecion que ya estaba yo esperando. Débese á la pluma de un escritor de quien se me ha dicho que es un sabio orientalista, M. Le Chartier, quien publicó su artículo relativo en un periódico católico del Mediodía, y ese artículo se me remitió de varias partes con fervientes protestas, por amigos míos, lectores de mis *Memorias*.

«Hé aquí la objecion á que me contraigo:

«Es evidente que Miss Diana Vaughan no fué más que instrumento en las manos criminales de los operadores de Charleston. Autosugestionada por sus propios deseos de jóven de una vida ardiente; arrastrada, ó mejor dicho, extenuada por la privación de alimento y sueño; sobreexcitada por una infusión que poseía las propiedades narcóticas y exhilarantes del haschisch, cayó la jóven en un estado de sueño y creyó ver á Lucifer tal cual le había deseado. Esta vision fascinó á la pobre mujer, y turbó su sistema cerebral por espacio de largos años.»

Bien pueden pensar así los que no estando al corriente de nada, conténtanse con unas cuantas líneas, que leen sin tomarse el trabajo de ver lo que ántes y despues se ha escrito.

M. Le Chartier es seguramente el modelo de los filólogos; los Bournouf, los Max Muller, los Schlegel, los Silvestre de Sacy, los Blentley, los Tycsen, los Pearce y los Buxtorf, simples ignoran-

Miss Vaughan.—T I.—12.

tes junto á él, sin duda no hubieran conseguido traducir con la maestría y sagacidad que él mismo el indescifrable *Gemma-Meungog*. En todo caso, muy por encima de mi competencia está su refinado conocimiento de las lenguas orientales; pero en mi caso, que tan á la ligera estudió, M. Le Chartier habla ni más ni ménos que como lo hacen tantas personas que jamás han tenido la menor relacion con lo sobrenatural, que nunca han asistido á la más anodina aparicion.

Debió haberse leído mi relato hasta el fin, puesto que con toda lealtad dije en él qué era lo que estaba cierta de haber visto, y precisé el punto donde comenzó mi ilusion en semejantes obras demoniacas; pero esa ilusion se debió nada más que al diablo, no á lo que M. Le Chartier llama arrastramiento, sobreexcitacion.

¿Por qué razón expuse el régimen que seguí y el empleo que hice de los tres días que precedieron á mi presentacion á Lucifer?—Porque en materia tan grave y delicada, punto de escrúpulo era para mí decir todo lo que fuera necesario para la manifestacion de la verdad, y porque al frente de estas mis "Memorias" he escrito como epígrafe: «Esta obra de buena fé.»

Ahora bien, si lealtad obliga, no había por qué hacerme decir lo que realmente no había dicho, ni hay tampoco por qué asimilar al haschisch, en cuanto á sus efectos, una infusión de cañamon.

La asercion de que me privé de los alimentos no es exacta. ¡Cuántas órdenes religiosas no hay

que no hacen más que una comida al día en todo el año, y sin embargo léjos de ser ilusos, los miembros de esas órdenes son verdaderamente sanos de cuerpo y alma!

No hacer, pues, sino una comida ligera en dos días, evitando cargar demasiado el estómago, absolutamente es extenuarse; ni siquiera no tomando al tercer día más que una bebida—la cual era, en nuestro caso, un confortativo—Excelente sensibilidad, percepcion intelectual muy clara, imaginacion bien despejada: tal es el resultado de un régimen como aquel, teniendo presente que se trata de una preparacion sólo de tres días.

Charlatanes del magismo hay efectivamente que recurren á medios reprobados para proporcionar á sus víctimas verdaderas alucinaciones. Remito á M. Le Chartier á sus obras. Cuando se trata de evocar el espíritu de algun sér querido, media una preparacion de catorce días como mínimum, en el aislamiento. Veintiun días para estar alimentando la imaginación con la expectativa de la aparicion de algun personaje célebre, y estos veintiun días con un régimen estrictamente vegetal, y ayuno severo durante los siete últimos. Ya se verá cómo ninguna comparacion posible cabe entre esto y el régimen que yo observé.

En cuanto al haschisch, ¡ah! sí, hablemos de él. El cañamo, cuya semilla es el cañamon, es en efecto uno de los componentes del haschisch; pero ¿en qué lugar se fabrica el haschisch con cañamon? La resina del cañamo es lo que se extrae de la

planta misma y no de la semilla, y tal resina, que rezuma de la corteza del cañamo y vá á acumularse á la superficie, y que se obtiene raspando la planta ó por medio de otro procedimiento, se mezcla con opio, canela, almizcle y esencia de rosa. Ese es el haschisch, ese el infame artículo que propinado en píldoras ó disuelto en té, produce embriaguez acompañada de visiones fantásticas. Mucho cuidado tengo de indicar aquí las dosis en que se emplean las sustancias que mencionadas dejo, á fin de que nadie pueda utilizar lo que acabo de escribir, fuera de que el opio no se despacha sino con receta de facultativo.

La infusion de cañamon es de por sí inofensiva, y muy claro dejé expresado que ningun vino tomé, ninguno absolutamente. Y aunque es cierto que sin llegar todavía al efecto del haschisch se puede sobreexcitar la imaginacion con el cañamon, ¿de qué modo se obtiene ese resultado? Precisamente con vino, el cual se pone á hervir con el cañamon (no diré la dosis), triturado y mezclado con muchas cabezas de adormidera negra. Más aún: es necesario embriagarse con ese vino tres veces, no una sola, para sentirse arrastrado, y hasta la tercera vez es cuando viene la embriaguez acompañada de alucinaciones.

En mi vida he tomado una bebida de ese género; mucho ménos he tomado haschisch. Por sí solo, sin ir mezclado con adormidera ni estar hervido en vino, el cañamon no puede causar ningun estrago en el cerebro, como todo el mundo lo sa-

be; tanto, que en muchos lugares de Rusia se le usa hasta para los alimentos, y ninguno de los que le toman ha llegado á ser iluso.

En cuanto á la disminucion de sueño, ¿puede ella, á pesar de que sólo se reduzca á dos noches por todo, puede extenuar las fuerzas y debilitar el cerebro hasta el extremo de provocar en el individuo una larga série de falsas visiones? . . . Ni siquiera el exámen podría soportar la objecion en este particular.

Multitud de personas hay que se conforman con dormir diariamente seis horas y hasta cinco, sin que en lo más mínimo lo resientan en la salud, mucho ménos aquellas que viven entregadas á la oracion.

Citaré como uno de tantos ejemplos la vida espiritual tal como está reglamentada en gran número de monasterios, donde la comunidad se entrega á la oracion hasta siete horas diarias y mucho más. En ellos, el rezo de la última parte del oficio divino del día (maitines y laudes), se verifica á las nueve de la noche, y le sigue á las diez de la misma el ejercicio de penitencia en comun y el exámen de conciencia; de modo que la comunidad no se recoge, sino hasta las once. A las cuatro y media de la mañana se levanta, y asiste á las cinco á coro para la oracion mental, á la cual sigue inmediatamente el primer rezo del oficio divino (horas menores). Los individuos de la comunidad sólo, pues, duermen cinco horas y media.

Las que por mi parte he tenido costumbre de dor-